

# Reinventando el no-lugar

Rodrigo Alonso

En una tesis controvertida, el antropólogo francés Marc Augé designa a ciertos espacios de tránsito contemporáneos –como los transportes públicos, las salas de espera o los centros comerciales– con el nombre de *no-lugares*. En ellos, asegura, no se producen vínculos históricos, relacionales ni de identidad, sino que la gente circula ausente, en una suerte de tiempo indefinido, sin establecer lazos con los demás.

Sin embargo, la artista Justine Graham ha descubierto, en ese lugar maravilloso que es el Metro de Santiago, una infinidad de acontecimientos, relaciones, emociones, compromisos, vínculos y sensibilidades. Atravesando las estaciones y las maquinarias, los túneles y las oficinas, encontró un ecosistema humano singular, con una vida propia, y unas historias individuales y colectivas que se propuso activar.

Graham ya venía trabajando en proyectos que involucraban comunidades con identidades específicas. Lo había hecho, por ejemplo, en el Colegio Internacional de Washington, en el cual, en complicidad con los estudiantes, subvirtió las formas fotográficas habituales de los álbumes escolares. O, tiempo antes, cuando reunió en parejas a empleadoras y empleadas domésticas para hacerlas compartir un retrato en común. Su objetivo principal, en cada caso, no había sido editar las publicaciones que a la postre dieron cuenta de su ardua labor, sino más bien, interactuar con las personas, generar encuentros de reflexión e intercambio, utilizar la fotografía como un medio –artístico, comunicativo, emocional– que le permitiera extraer, y eventualmente capturar, instantes lúdicos o de intensidad social.

Su proyecto en el Metro de Santiago nació de una manera similar. Fue el interés por conectarse con la gente, por explorar su imaginación, por escuchar sus relatos, el que la animó a enfrentar las sospechas y las burocracias, las resistencias y los temores iniciales. Pero Graham maneja a la perfección, no sólo el arte de la fotografía, sino también el del convencimiento. Con paciencia, logró que las autoridades comprendieran sus intenciones y que los trabajadores dieran rienda suelta a su imaginación. El resultado es una nueva publicación que revela un costado poco habitual de una comunidad corporativa, que no muchos conocen en toda su complejidad.

En esta ocasión, el proyecto adquiere la forma de una fotonovela con acentos de *film noir*. A diferencia de otras propuestas, en ésta el relato posee un rol esencial; su desenvolvimiento rige tanto la organización de las imágenes como el mecanismo de participación colectiva. Cada capítulo –identificado con una línea de Metro o un sector laboral– comienza con una frase-disparadora, creada especialmente por la escritora argentina Florencia Werchowsky con el fin de incentivar la imaginación. A partir de ella, un/a trabajador/a sugiere una continuación posible que los siguientes deberán proseguir a su turno.

Cada nueva frase da origen a una imagen única, que se prepara y discute con intensidad. El propósito es ejercitar la imaginación al máximo, abandonar el ámbito institucional por un momento, potenciar la dinámica grupal, y, sobre todo, jugar. No sólo porque en el juego se derriban inhibiciones y se dejan de lado los comportamientos estructurados, sino porque en él también se delinean nuevas formas de habitar los espacios, generar acontecimientos, construir situaciones inesperadas. El juego es, al mismo tiempo, una actividad motriz y un banco de aprendizaje, un idioma que atraviesa fronteras culturales y un conducto que nos conecta con lo más profundo de nuestra memoria personal.

Textos e imágenes se van desarrollando de forma paralela, siguiendo el modelo del *cadáver exquisito*, un método inventado por los artistas surrealistas, que de juego, desinhibiciones y creación sabían bastante. A esto se suma el poder de la imaginación, que transforma los ámbitos domésticos en escenarios fantásticos, o que nos permite ver, allí donde sólo hay un conjunto de baldes o un perchero, los platillos de una batería o la extraña geometría de un arma letal.

Estas metamorfosis, estos desvíos, ponen de manifiesto la capacidad que poseemos los seres humanos para reconfigurar nuestros entornos vitales. Forman parte de esa práctica que el filósofo francés Michel de Certeau llamó *la reinención de lo cotidiano*, que siempre posee un carácter liberador, en tanto nos muestra formas concretas de operar sobre la realidad inmediata con el fin de transformarla. Por pequeños que sean estos gestos, sus efectos no son menores. En el caso concreto de la aventura que dio origen a este libro, hay una dislocación de la rutina, una reconfiguración de los lazos interpersonales, la creación de un acontecimiento singularísimo, y la implantación de un recuerdo que no sólo quedará plasmado en las páginas de una publicación, sino, principalmente, en la mente y el corazón de sus actores.

La forma en la cual los cuerpos de los *Metrinos* se apropian del espacio institucional merece una mención especial. Porque hay un desenfado, una plasticidad y, sobre todo, una alegría que se transmiten hasta en las más mínimas de las poses. Los cuerpos son los verdaderos protagonistas de este proyecto, cuyo objetivo no se reduce a la construcción de una trama novelesca más o menos disparatada, sino que busca poner en primer plano este factor humano relegado al ojo del público usuario. Sabemos que miles de empleados trabajan en el Metro de Santiago, aunque pocas veces los vemos. En el libro, no podemos dejar de verlos. Pero, a diferencia de las publicaciones corporativas habituales, en las cuales se nos muestran a través de una secuencia de retratos estandarizados, aquí los observamos en un despliegue de histrionismo e inventiva al que definitivamente no estamos acostumbrados.

Finalmente, todo esto confluye en la elaboración de una fotonovela que explora los más diversos matices narrativos entre el misterio y el humor. Justine Graham eligió una estética poco convencional –más aún, decididamente artificial– para llevarla adelante, basada en el uso de una iluminación potente que genera intensos claroscuros. La elección aporta su propia cuota de humor, en la medida en que evoca la instantaneidad del flash para capturar escenas que de por sí se encuentran congeladas. Otra reminiscencia, acaso inducida por el contexto, es la que nos recuerda esa luz que surge de la oscuridad cada vez que un vagón se aproxima a la estación. En todo caso, se trata de un recurso que rechaza la estampa naturalista para transportarnos a un universo otro, para enfatizar un extrañamiento que nos recuerda que la fotografía realista sólo nos muestra la realidad que queremos ver. Un recurso que ubica al medio fotográfico como una herramienta de investigación antes que como un medio que refuerza nuestras formas acostumbradas de mirar alrededor.

¿Será posible, después de todo esto, que volvamos a ver al Metro de Santiago como un *no-lugar*? ¿No se encuentra ahora impregnado de fantasía, de acontecimientos potenciales, de personajes latentes? No hay nada que resalte más el poder transformador del arte como la sensación de que algo que creíamos estable ha cambiado para siempre. Este es uno de los grandes méritos del trabajo compartido de Justine Graham y los *Metrinos*. Otros, aparecen en cada una de las páginas de este libro, emotivo y radical.